

## Testimonio de Luciano sobre los cristianos

Entre los estudiosos del cristianismo primitivo ha existido siempre una especial avidez por obtener noticias sobre el mismo, a ser posible en fuentes no cristianas, por creerlas, quizás ingenuamente, más fieles o menos interesadas en los fenómenos descritos. De aquí el interés que siempre ha despertado el breve fragmento de la obra de Luciano de Samosata *Sobre la muerte de Peregrino*, por la descripción de la vida y doctrinas cristianas que contiene. Dada la poca accesibilidad del texto, creemos que puede ser útil una presentación del mismo, enmarcada en un sencillo comentario a la obra en cuestión, comparando las noticias y el vocabulario de Luciano, con otras fuentes cristianas primitivas.

Una primera pregunta acerca de la obra de Luciano podría ser sobre la historicidad de Peregrino, por sobrenombre Proteo. A su favor tenemos, además del escrito mismo de Luciano, varios testimonios antiguos, tanto paganos<sup>1</sup>, como cristianos<sup>2</sup>. Ello hace que los autores modernos<sup>3</sup> se inclinen por la existencia de ese filósofo cínico, o mejor, de ese personaje que recorriendo diversos lugares —Asia Menor, Egipto, Roma— y diversas escuelas —cristianismo, cinismo— terminó arrojándose a una hoguera en los juegos olímpicos, probablemente el año 165 o 167, bajo el imperio de Marco Aurelio.

1 Cf. Amiano Marcelino, *Rer. gest.* XXIX 1, 39; Aulo Gelio, *Noc. Att.* XII 11; Filóstrato, *Vitae soph.* XIII 563.

2 Cf. Atenágoras, *Legatio* 26, 2; Taciano, *Orat.* 25; Tertuliano, *Exh. ad Mart.* 4, 2: «et Peregrinus, qui non olim rogo immissit».

3 Cf. H. Leclerq, *DAL* IX 2630-34; K. von Fritz, *RE* 19/1 656-63; A. Montes, *Dic. del mundo clásico* II, s. v.

El *De morte Peregrini* fue escrito por Luciano con toda probabilidad durante el período ateniense de su vida (165-185) y, si aceptamos el 167 como año de la muerte de Peregrino, después de esa fecha <sup>4</sup>.

Respecto a la tradición manuscrita, se observan en la obra muchas variantes, especialmente en el fragmento relativo a los cristianos, probablemente debido al carácter polémico con que fue interpretado en la época bizantina <sup>5</sup>. Recientemente (1966), el profesor J. Alsina, de la Universidad de Barcelona, ha publicado el *De morte Peregrini*, en edición bilingüe, en el segundo volumen de las *Obras* de Luciano <sup>6</sup>.

### *Observaciones generales.*

Salta a la vista la presencia constante de la diatriba contra los cínicos a lo largo de toda la obra. No sólo aparecen citados los principales representantes de la escuela —Antístenes, Diógenes de Sínope y Crates <sup>7</sup>—, sino que también son muy frecuentes las alusiones a Heracles, héroe de los cínicos <sup>8</sup>, así como los detalles de indumentaria y costumbres de la escuela de Diógenes <sup>9</sup>. La proximidad a algunas ideas estoicas <sup>10</sup>, y las alusiones a Sócrates <sup>11</sup>, podrían ser interpretadas en ese contexto cínico, pues Sócrates había sido maestro de Antístenes, fundador del cinismo, e indirectamente, a través del cínico Crates, de Zenón de Citio, fundador del estoicismo.

Siempre en el terreno de las observaciones generales, notemos la presencia realmente significativa de los términos *δόξα*, *γέλιω* y derivados.

El primero, traducido por Alsina como *gloria*, *fama*, cons-

4 Cf. Lesky, *Historia de la literatura griega* (Madrid, Gredos, 1968), p. 874.

5 Cf. Testimonios de la *Suda* y de Focio, citados en *DAL IX* c. 2619.

6 Luciano, *Obras* vol. II (Barcelona 1966), pp. 123-49, con abundantes notas y aparato crítico. En nuestro trabajo empleamos esta edición: la primera cifra indica el capítulo, la segunda la página en la edición de Alsina.

7 Cf. 5, 128; 15, 134. El tema de las relaciones entre Luciano y los cínicos ha sido abundantemente estudiado, cf. J. Alsina, *Luciano: Obras*, vol. I, p. XL ss.

8 Cf. 4, 127-8; 5, 128; 21, 137; 24, 138; 25, 139; 29, 141; 33, 143; 36, 144, n. 2.

9 P. e. 3, 127; 6, 129; 17, 135; 23, 138, 3; 24, 138; 36, 144; 37, 145. Ver R. Helm, *a. c.*, 1768.

10 Alusión a maestros estoicos —Musonio, Epicteto— en 18, 135.

11 Cf. 5, 128; 12, 132; 37, 145.

tituye casi el *leit motiv* de la caracterización de Peregrino, dada por Luciano<sup>12</sup>. Según él todo cuanto emprende Peregrino tiene la gloria como única finalidad, especialmente su muerte<sup>13</sup>. Es natural, por tanto, que también el paso de Peregrino por el cristianismo esté marcado por el deseo de gloria<sup>14</sup>. La presencia de este tema, tratado al estilo de la antigüedad pagana<sup>15</sup> resalta más la distancia del concepto de δόξα tal como aparece en la Escritura<sup>16</sup>; de la pasión por la supervivencia en la estima de los hombres, pasamos a la participación trinitaria en el ser de Dios, único que glorifica<sup>17</sup>. La comprobación de esa distancia nos ayudará a situar mejor la posición de Luciano, con respecto a la fe cristiana<sup>18</sup>.

La presencia del verbo γελάω de nuevo muy abundante<sup>19</sup>, hecha con explícita referencia a la actitud del filósofo materialista Demócrito<sup>20</sup>, refleja muy bien la actitud de Luciano frente a Peregrino y todas sus andanzas.

Terminemos estas breves observaciones generales aludiendo a dos recursos estilísticos de particular belleza, en la obra de Luciano. Uno es la comparación de Proteo con una estatua<sup>21</sup>. Otro es el empleo de terminología teatral, para caracterizar sobre todo las actuaciones públicas de Peregrino<sup>22</sup>.

12 En efecto aparece a lo largo de toda la carta. Cf. 1, 126; 8, 129; 12, 131; 14, 133; 18, 135; 22, 138; 30, 142; 34, 143-4; 38, 145; 42, 147; 44, 148. Alusiones: 20, 136; 27, 140; 28, 140-1; 32, 143; 33, 143.

13 He aquí el comentario de Luciano al anuncio de la muerte de Peregrino: «Ya debes imaginarte, creo, cómo me reía. Porque no es justo compadecer a un hombre con un deseo tan morboso de gloria, que deja atrás a todos los que están acuciados por la misma pasión», 34, 143. Igualmente la reacción de Prometeo ante la posibilidad de una muerte por fiebre: «Ya no sería un modo de morir tan famoso, pues sería como el de todo el mundo», 44, 148.

14 Cf. 12, 131 —el encarcelamiento acarrea una fama especial a Peregrino— y sobre todo 14, 133.

15 Cf. G. Kittel, δόξα TWNT (ed. it.) II 1351-2.

16 A partir de la noción hebrea de kábód. Cf. G. von Rad, δόξα TWNT (ed. it.) II 1358-95.

17 Cf. P. Adnès, 'Gloire de Dieu', *DSP* IV, 421-87.

18 Los apologistas cristianos también satirizan el concepto pagano de gloria, y le oponen la humildad. Cf. Taciano, *Orat.* 12, 4; 32; Justino, *II Ap.* 6, 3; 10, 8; Orígenes, *Contra Cel.* VII, 27.

19 Cf. 2, 126; 7, 129; 31, 142; 34, 143; 37, 145; 43, 148; 45, 149.

20 Cf. 7, 129: «Ya que el maldito Teágenes ha puesto fin a su discurso aduciendo las lágrimas de Heráclito, yo comenzaré con la risa de Demócrito».

21 Se trata del término ἀγάλμα. Peregrino se va esculpiendo y fraguando a través de sus hechos, como el Zeus Olímpico de Fidias o el Canon de Policleto. Cf. 6, 128-9; 8, 129; 9, 129; 10, 130.

22 Cf. 3 nota 2, 127; 15, 134; 21, 137, 2; 36, 144; 37, 145.

En ambos casos, el refinamiento artístico está al servicio de una desenfadada ironía.

*El fragmento sobre los cristianos.*

11: «Fue entonces, precisamente, cuando conoció la admirable doctrina de los cristianos, en ocasión de tratarse, en Palestina, con sus sacerdotes, y escribas. Y ¿qué os creéis? En poco tiempo les descubrió que todos ellos eran unos niños inocentes, y que él, sólo él, era el profeta, el sumo sacerdote, el jefe de sinagoga, todo en suma. Algunos libros sagrados él los anotaba y explicaba; otros los redactó él mismo. En una palabra, que lo tenían por un ser divino, se servían de él como legislador y le dirigían cartas como a su jefe. Todavía siguen adorando a aquel gran hombre que fue crucificado en Palestina por haber introducido entre los hombres esta nueva religión».

12: «Prendido por esta razón, Proteo fue a dar con sus huesos en la cárcel, cosa que le granjeó mayor aureola aún para las otras etapas de su vida y con vistas a la fama de milagrero que tanto anhelaba. Pues bien; tan pronto como estuvo preso, los cristianos, considerándolo una desgracia, movieron cielo y tierra por conseguir su libertad. Al fin, como esto era imposible, se procuró al menos proporcionarle cuidados y no precisamente al buen tuntún, sino con todo el interés del mundo. Y ya desde el alba podía verse a las puertas de la cárcel una verdadera multitud de ancianos, viudas y huérfanos e incluso los jefes de su secta dormían con él en la prisión, previo soborno de los guardianes. Luego eran introducidos toda clase de manjares, se pronunciaban discursos sagrados y el excelente Peregrino —pues todavía llevaba este nombre— era calificado por ellos de nuevo Sócrates».

13: «Es más: incluso desde ciertas ciudades de Asia llegaron enviados de las comunidades cristianas para socorrer, defender y consolar a nuestro hombre. Porque es increíble la rapidez que muestran tan pronto se divulga un hecho de este tipo. Y es que —para decirlo con pocas palabras—, no tiene bienes propios. Y ya tienes que va a parar a los bolsillos de Peregrino —procedente de manos de esas gentes— una gran suma de dinero en razón de su condena; con ello le ayudaron, y no poco, monetariamente. Y es que los infelices creen a pie juntillas que serán inmortales y que vivirán eternamente, por lo que desprecian la muerte e incluso muchos de ellos se entregan gozosos a ella. Además su fundador les convenció de que todos eran hermanos. Y así, desde el primer momento en que incurren en este delito reniegan de los dioses griegos y adoran en cambio a aquel filósofo crucificado y viven según sus preceptos. Por eso desprecian los bienes, que consideran de la comunidad, si bien han aceptado estos principios sin una completa certidumbre, pues si se les presenta un mago cualquiera, un hechicero, un hombre que sepa aprovecharse de las circunstan-

cias, se enriquece en poco tiempo, dejando burlados a esos hombres tan sencillos».

16: «Salió, pues, por segunda vez de su ciudad natal, dispuesto a recorrer mundo, con los cristianos como único sostén, gracias a cuya protección lo pasaba a lo grande. Y así vivió durante un tiempo. Más tarde, empero, y por haber cometido alguna falta contra ellos —se le vio, según creo, tomar alimentos prohibidos— hallóse desamparado, falto de su protección y entonces pensó que no tenía más remedio que retractarse y reclamar los bienes a su ciudad; y, efectivamente, presentó un memorándum y exigió la entrega de los bienes por orden del emperador. Mas la ciudad envió a su vez también una embajada y aquél nada consiguió al fin, sino que se declaró que se atuviera a su primera decisión, ya que nadie le había obligado a ello».

Es indudable que muchos de los detalles que contienen estos capítulos, corresponden a la realidad de la vida de las comunidades cristianas primitivas. Intentemos subrayar algunos de ellos.

La existencia de Libros Sagrados y sobre todo su comentario litúrgico, está atestiguado desde las más antiguas descripciones del culto cristiano, contemporáneas de Luciano<sup>23</sup>. Es más, la alusión a que él mismo redactó alguno de estos libros, no es del todo inverosímil, pues hemos de recordar cómo escritos contemporáneos formaban parte de las lecciones litúrgicas, hasta la progresiva fijación del canon<sup>24</sup>.

Igualmente era una costumbre muy arraigada en el cristianismo primitivo, la de escribir cartas —*contesseratio hospitalitatis* (Tertuliano, *De praescrip.* 20)— sobre todo por parte de los responsables eclesiásticos, los obispos. Así, el detalle señalado por Luciano, corresponde a una praxis que se conoce ya desde el siglo II, y que sitúa a Peregrino como centro de comunión eclesial<sup>25</sup>. Las actitudes cristianas hacia Peregrino encarcelado, de nuevo corresponden a las descripciones en otras fuentes.

23 Cf. Justino, *I Ap.* 67, 3-4; Tertuliano, *Apol.* 39, 3; *Adv. Marc.* IV, 5; en general, ver: J. Jungmann, *El sacrificio de la Misa* (Madrid 1959), nn. 16, 39, 59, 496 ss.

24 La epístola de Clemente R. a los corintios (s. I) y el *Pastor* de Hermas (s. II) fueron leídos en el culto. Los corintios leían la carta del Papa Soter (+ 174) y los cartagineses el edicto del Papa Ceferino (+ 217). Cf. Eusebio, *H. E.* III, 16; LV, 23, 6; Tertuliano, *De pud.* 1.

25 Sobre el particular y su significado eclesiológico, ver: L. Hertling, *Communio* (Roma 1961) pp. 16-22.

En efecto, Tertuliano nos describe en qué se empleaban los *deposita pietatis*, recogidos en las asambleas, y es indudable que en parte servían para ayudar a los cristianos encarcelados: *si quis in metallis, et si qui in insulis vel in custodiis, dumtaxat ex causa Dei sectae, alumni confessionis suae fiunt*<sup>26</sup>. Sobre las visitas a los confesores, es también algo cierto que gozaron de gran estima en la antigüedad<sup>27</sup>. También es cierto que los cristianos sobornaban a los guardias, e intentaban rescatar o liberar a los presos<sup>28</sup>. Desde la época de Ignacio, a través de sus siete epístolas auténticas, sabemos que esta ayuda al futuro mártir procedía también de otras ciudades y regiones<sup>29</sup>.

Otro de los datos indicados por Luciano hace referencia a la comunidad de bienes (c. 13). Es indudable que encontramos tal realidad descrita en el libro de los Hechos<sup>30</sup>. Respecto a su pervivencia en las comunidades cristianas primitivas, nos faltan datos precisos, aunque no falte, p. e., una sugestiva descripción en Eusebio<sup>31</sup> y una cierta forma de comunidad de bienes en Tertuliano<sup>32</sup>. En tal sentido, los da-

26 *Apol.* 39, 6, CCL I, p. 151.

27 Piénsese en el conflicto que le ocasionaron a Cipriano, cuando a raíz de la persecución de Decio, algunos confesores daban indiscriminadamente billetes de reconciliación. Cf. *Ep.* 15, 4; 18, 1; 20, 2-3; 27, 1-2; 33, 2... En general ver: Leclercq, H. *confessor*, DAL III/2, 2508-15.

28 Pionio rescató a Sabina de su impía ama (cf. *Mart. Pion.* IX). Tercio y Pomponio, diáconos de Cartago, logran «a precio de oro» que Perpetua pueda salir de la cárcel unas horas cada día, cf. *Mart. Perp.* 3, 4. Cf. Eusebio, *H. E.* V 1, 9-10; VI 3, 4.

29 Cf. *Eph.* I-II; *Mag.* II; *Tral.* I.

30 Cf. *Act.* 2, 42; 44-45; 4, 32; 4, 34-35. (Ver: J. Dupont, 'La communauté des biens aux premiers jours de l'Eglise', *Etudes sur les Actes des Apôtres* (Paris 1967) pp. 503-19).

31 Nos referimos al cap. 17 del l. II de la *H. E.* (BAC 349, pp. 90-6). Refiriéndose a datos transmitidos por Filón, las comunidades de ascetas de Egipto, aparecen como cristianas y practicando la comunidad de bienes. El tema ha interesado a los especialistas en vida religiosa, c. J. M. R. Tillard, *Devant Dieu et pour les monde* (Paris 1974) 176 ss.; p. 213 ss.

32 Tertuliano, *Apol.* 39, 11: «nihil de rei communicatione dubitamus. Omnia indiscreta sunt apud nos». La descripción de Tertuliano corresponde bastante a la interpretación de J. Dupont sobre la comunidad de bienes de los *Hechos*: «Il n'est pas question ici de transfert juridique de propriété... le propriétaire légitime considère ses biens comme un patrimoine commun... ceux de ces frères qui sont dans la gêne peuvent lui demander ce qui leur est nécessaire, comme si cela leur appartenait», o. c., pp. 508-9. Ver una interpretación marxistizante de Tertuliano en Vecchiotti, I., *La filosofía di Tertuliano* (Urbino 1970).

tos de Luciano más bien completan nuestra información sobre el particular <sup>33</sup>.

En la descripción de Luciano también aparece el tema de la inmortalidad y del desprecio de la muerte, que las fuentes cristianas confirman ampliamente <sup>34</sup>. De notar que la presentación espontánea al martirio, no fue bien vista por los cristianos, por considerarla una presunción, pues el martirio era apreciado como un don eximio de Dios <sup>35</sup>.

A propósito de la fraternidad, señalada por Luciano, abordamos otro de los temas característicos por demás, tanto del Evangelio (cf. *Mt.* 23, 8), como de los Santos Padres a partir de los apostólicos <sup>36</sup>. Y no menor es la frecuencia de la polémica anti-idolátrica, que aparece constantemente en las obras de los apologistas de los siglos II y III <sup>37</sup>.

Dos últimos temas cierran esta rápida presentación de puntos aducidos por Luciano, que nos parecen corresponder a la realidad del cristianismo primitivo: el de la simplicidad de los fieles y el de las comidas prohibidas. Respecto al primero, que aparece al final del c. 13 del *De morte Peregrini*, no podemos más que confirmarlo. De hecho se halla en nuestros apologistas, en términos parecidos <sup>38</sup>.

Respecto al problema de los *idolothyta*, o manjares prohibidos a los cristianos por haber sido sacrificados a los dioses, y que fueron causa de la expulsión de Peregrino de en-

<sup>33</sup> Ver también Ignacio, *Pol.* 4, 3; Justino, *I Ap.* 67, 6.

<sup>34</sup> *I Clem.* 35, 2; Justino, *I Ap.* 44, 9; Teófilo A., *Ad Aut.* 2, 27; Taciano, *Orat.* 7, 1.

<sup>35</sup> Nos referimos al testimonio descrito en el *Martirio de S. Policarpo* 4, sobre la defecación de un tal Quinto, que se había denunciado a sí mismo. El autor concluye: «De ahí, hermanos, que no aprobemos a los que de sí y ante sí se presentan a los jueces, puesto que no es ésta la doctrina del Evangelio». Ver también: Justino, *II Ap.* 12, 1 ss. y la doctrina del Vaticano II en *LG* n. 42.

<sup>36</sup> *I Clem.* 2, 4; Justino, *I Ap.* 65, 1; Aristides, *Ap.* 15, 7; Tertuliano, *Apol.* 39, 9: «Quanto nunc dignius fratres et dicuntur et habentur, qui unum Patrem Deum agnoverunt, qui unum spiritum biberunt sanctitatis, qui de uno utero ignorantiae eiusdem ad unam lucem expaverunt veritatis?».

<sup>37</sup> *Diogneto* 2; Aristides, *Ap.* 3 ss.; Justino, *I Ap.* 9; Tertuliano, *Apol.* 10 ss.; Minucio Félix, *Oct.* cc. 20-28. De particular interés el libro VIII del *Contra Celso* de Orígenes, todo él consagrado a la posible traición política de los cristianos por abandonar los dioses del Imperio. (Cf. especialmente el dilema planteado en el c. 55).

<sup>38</sup> Según Justino, los mismos apóstoles eran ignorantes, cf. *I Ap.* 39, 3, e igualmente los creyentes, cf. *II Ap.* 10, 8. Por lo demás también Celso habla de tal «sencillez» de los creyentes; ver sus ataques y la defensa de la sabiduría cristiana de Orígenes en *Contra Celso* III, 72-4, BAC 271, pp. 232-4.

tre los cristianos (c. 16), de nuevo estamos ante uno de los temas característicos de la Iglesia primitiva, a partir de lo establecido en el mismo N. T.<sup>39</sup>. Podríamos dudar de si tal prohibición subsistió en las generaciones siguientes. Pero de hecho hallamos textos sobre este precepto al menos durante los tres primeros siglos del cristianismo<sup>40</sup>. La alusión de Luciano nos parece pues plenamente justificada.

Así pues, en conjunto la descripción de las costumbres cristianas que nos da Luciano viene refrendada por muchas otras fuentes y puede ser aceptada como sustancialmente válida<sup>41</sup>.

### Conclusión.

Del análisis realizado creemos se desprenden con bastante nitidez algunas conclusiones. En primer lugar es indudable que Luciano tuvo un cierto conocimiento del cristianismo que situamos a nivel de costumbres y de algunas afirmaciones doctrinales básicas, aunque genéricas (p. e. adoración de Cristo, inmortalidad). Creemos sin embargo, que a diferencia de otros paganos en su tiempo<sup>42</sup>, no tuvo un conocimiento directo de los documentos cristianos, y que, en general, desconoció la terminología propiamente cristiana en su originalidad. De ahí que a través de su lenguaje, Luciano tienda a asimilar el cristianismo a otros grupos religiosos existentes en aquel tiempo<sup>43</sup>. No hay en él sombra de discernimiento de los grupos disidentes, como gnósticos<sup>44</sup>.

39 Cf. *Act.* 15, 29; *I Cor.* 10, 14-11, 1; *Ap.* 2, 15; 2, 20. En general ver el artículo de A. Faux, 'Idolothytes', *DBS* IV 187-95.

40 Cf. *Didaché* 6, 3; Aristides, *Ap.* 15, 5 (según la versión siríaca, BAC 116, p. 145); Justino, *Diálogo*, 34, 8; 35, 1; Ireneo, *Adv. Haer.* III 12, 14; Clemente A., *Pedag.* II, 1; Orígenes, *Contra Celso* VIII 24-30. En general ver: H. Leclercq, 'Idolothytes', *DAL* VII, 63-66.

41 Ver una descripción completa del mundo cristiano de los dos primeros siglos en A. Hamman, *La vie quotidienne des premiers chrétiens* (Paris 1971).

42 Pensamos explícitamente en Celso, de quien se ha comprobado el conocimiento directo de las fuentes cristianas. Cf. P. de Labriolle, *o. c.*, pp. 125-7.

43 A este respecto el uso de los términos *θιασάρχης* y *τελετή* nos parece característico. Notemos de pasada, cómo esos términos más «religiosos» ingresaron sólo más tarde en el lenguaje cristiano, prácticamente cuando iba desapareciendo el paganismo.

44 Cf. Celso en Orígenes, *Contra Cels.* II 61; VI 54; 74; VII 18 ss.



No hay tampoco una mínima curiosidad por la especulación teológica de la secta. El conocimiento, que Luciano posee del cristianismo, es exacto, pero superficial y de tono ético. Más que un demoleedor sistemático, o un difamador<sup>45</sup>, habría que ver en él, juntamente con Harnack y Labriolle, alguien que juega con la cuestión cristiana. «El cristianismo (para Luciano), no es más que una de las locuras que hay que añadir a la interminable lista de insensateces humanas. Luciano es *el único* escritor pagano que parece encontrar esa locura prácticamente inofensiva»<sup>46</sup>.

FERNANDO GUILLÉN PRECKLER

45 He aquí el texto de la Suda, que ha contribuido a dar una imagen de Luciano: «Luciano de Samosata, llamado el insultador o el difamador, porque se burla en sus *Diálogos*, incluso hablando de lo divino. Vivió bajo el emperador Trajano y más tarde... Se dice que murió despedazado por perros, porque había combatido la verdad con furor. En efecto, ataca el cristianismo en la *Vida de Peregrino* y ese desgraciado hasta insulta a Cristo». *DAL IX* 2619.

46 P. de Labriolle, *La réaction païenne* (Paris 1950) p. 108.